Es propiedad de D. V. de Lalama.

BIBLIOTECA DRAMATICA.

Librerias de Jordan, Rios, Perez y Cuesta.

Amante y Caballero.

Drama original en cuatro actos y en verso por D. Ceferino Suarez Bravo, *para representarse en Madrid el año de* 1847.

PERSONAGES.

La reina Doña Isabel la catolica.
Doña Ines de Aguilar.
Don Gonzalo Fernandez de Cordoba.
Muley Aliatar.
Don Alonso de Aguilar.
Hernan Perez del Pulgar.
Don Manrique Garcilaso.
El conde de Tendilla.
Adel.
Ramiro.
Un caballero.
Un Ugier.
Un soldado.
Damas, soldados, caballeros, moros, etc.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la vega de Granada: tiendas de campaña diseminadas por el foro; y en lontananza se descubren los muros de la ciudad.

ESCENA PRIMERA.

Don Alonso de Aguilar, Don Manrique Garcilaso, Hernan Perez del Pulgar.

Agui. Honra y fama habeis ganado,
Garcilaso, en este dia,
y del moro la osadia
vuestra lanza ha castigado;
por Dios que nunca creí
fuese tal vuestro ardimiento,
pues por todo el campamento
mucho ensalzaros oi.
Gar. Acaso, bravo Aguilar
me encomiais en demasia,
pues la hazaña no fué mia,
si de Hernando del Pulgar.
El con la enseña gloriosa
audaz penetró en Granada,
y de su invencible espada
huyó su gente medrosa.
A su temerario intento
no se opuso moro alguno,
yo peleé contra uno,
pero Pulgar contra ciento.
Pul. Modesto sois á fé mia
y os rebajais demasiado,
que era Tarfe buen soldado
y Moro de gran valia.
Y mas su alfange temiera
al penetrar en Granada,
que la turba desvandada
que solo á mi vista huyera;
aunque os juro por mi vida
que al retirarme de alli,
en grande aprieto me vi,
pues la canalla advertida
el paso á estorbarme fué
en tumoltuosa asonada;
pero gracias á mi espada
al fin con vida escapé.
Pero á otra cosa pasemos.
Mucho el rey tarda en volver.
Agui. A su pesar detener

le hacen negocios estremos.
Mas la reina al de Tendilla
le ha anunciado esta mañana,
no tardará una semana
en regresar de Castilla.
Grandes fiestas se preparan,
pues nuestra reina desea
que á todas las damas vea
que aqui en su ausencia llegáran.
Habrá cañas y torneo,
do su valor y destreza
saldrá á lucir la nobleza
de toda la España, y creo
que de Granada á lidiar
algunos moros vendrán,
que desean con afan
su bizarria ostentar.
Vos asistireis, Hernando,
y vos tambien, Garcilaso:
yo aunque no temo un fracaso,
ya se pasaron volando
aquellos tiempos dichosos
en que agradar á mi dama
solo deseaba, y fama
ganar con hechos gloriosos
en las justas, pues ahora
solo por mi rey peleo,
y echar de España deseo
toda esa canalla mora.

GAR. Y nunca lanza ninguna
con la vuestra compitiera,
que á haber muchas no existiera
la ominosa media luna
en nuestra patria.

AGUI. Cortés
estais hoy en demasia,
y lisongero á fé mia.

GAR. Os doy lo que vuestro es.

AGUI. No deis á mi esfuerzo escaso
un valor inmerecido,
que el vuestro lo ha oscurecido
Don Manrique Garcilaso.
Sirvo á mis reyes con celo,
por lo mismo no os asombre
que aunque escaso, algun renombre
me rinda este noble suelo.
Pues si la edad no ha domado
mi brazo al blandir la lanza,
no tengo ya la pujanza
de Córdoba el esforzado.

PUL. Pues que de Gonzalo hablais,
decidnos por vuestra vida
cuándo á vuestra Inés querida
con él, Alonso, enlazais.
Todos sabemos muy bien
que se aman, y yo os diria
que en lance de mas valía
no hallarán los dos tambien.

AGUI. Esta union dichosa honrar
nuestro monarca resuelve,
y hasta que de Madrid vuelve
no se podrá realizar.

PUL. Mucho las damas envidian
de vuestra hija la hermosura.

GAR. Y no menos su ventura,
pues hace tiempo que lidian
Pulgar, en lucha amorosa,
por el amor conquistar
de Gonzalo, que lograr
solo pudo Inés hermosa.
Que si hay bellas en la córte,
una tan solo igualarla
pudiera, sin disputarla
su bizarria y su porte.

AGUI. Donoso estais, Garcilaso,
de quien hablais no ignoramos,
y en afirmar no dudamos
que la sobrepuja acaso.
¿El desden habeis vencido
de esa beldad rigorosa?

GAR. Si la encuentro asaz hermosa,
por mas que amores la pido,
solo me ofrece amistad:
su rigor mis lábios sella.

PUL. Es Manrique vuestra estrella
bien fatal á la verdad.
Esa mujer es de yelo...

AGUI. Mas su desden os arredra?

GAR. Es su corazon de piedra,
si su rostro es el de un cielo.

PUL. Pues mal haceis, vive Dios,
en predicar en desierto,
que hay muchas damas por cierto
que están gimiendo por vos.

GAR. Solo á ella puedo amar.

AGUI. Os compadezco á fé mia;
aunque espero que algun dia
llegueis su pecho á ablandar.
Mas ya es tarde, caballeros,
y la reina aguarda.

PUL. Vamos;
pues que á su servicio estamos
debemos ser los primeros.

ESCENA II.

MULEY ALIATAR, *despues* ADEL, *que permanece retirado hácia el fondo.*

MUL. Gracias á Dios; ya se han ido.
Al fin podré sin cuidado
hablar aqui á ese criado
que mis artes han vencido;
si se hubieran detenido,
acaso se retardára
la venganza que prepara
mi rencor á ese cristiano,
que me ar rebató inhumano
cuanto yo en el mundo amára.
De este disfraz al abrigo
cuidando de confundirme
con la turba, introducirme
pude en el real enemigo.
Dos años hace que sigo
devorando mi rencor,
pues su muerte á mi furor
es leve castigo; é intento
que tormento por tormento
sufra él todo mi dolor.
Muerte, si, dártela ansio,
aborrecido cristiano,
y al fin mi implacable mano,
domará tu loco brio;
mas antes, pese á tu brio,
mucho he de hacerte sufrir,
y si puedo conseguir
lo que cumple á mi venganza,
si esta mi fortuna alcanza,

podré tranquilo morir.
¿Creiste tal vez dormido
al que ultrajaste inhumano,
y que su afrenta, villano,
al fin echára al olvido?
Voto á Alá; mal has creido,
que vela siempre á tu lado,
y cuando mas descuidado
dulce placer te sonria,
vendrá la venganza mia
á despertarte azorado.
Dulces prendas de mi amor,
padre, hermana que en cielo
estais, y mi desconsuelo
veis con todo mi dolor,
fortaleced mi rencor,
no hagais torcer mi esperanza,
que si al fin mi dicha alcanza
vengar vuestra triste suerte,
ya puede venir la muerte
no habré muerto sin venganza.
Adél?

Adel. Señor, que mandais?
Mul. ¿Está la gente dispuesta?
Adel. En sitio oculto escondida
vuestras órdenes espera.
Mul. ¿Venis todos bien armados?
Adel. ¿Pues qué, temeis que haya gresca?
¡Caspita!
Mul. ¿Tiemblas?
Adel. Yo no,
mas hay entre los que esperan
algunos que temblarian
si esa noticia supieran,
pues que temen á un cristiano
mas que á una lluvia de piedra.
Mul. Por si acaso nos descubren
y salga mal nuestra empresa,
bueno es venir preparados.
Adel. Bien decis: alguien se acerca.
Mul. Es el hombre que yo aguardo;
retirate, Adel, y observa,
que cuando marche vendrás
á buscarme.
Adel. Estoy alerta.

ESCENA III.

Muley, Ramiro, Adel *retirado como anteriormente.*

Rami. (Un bulto diviso allí.)
Mul. (Si será el hombre que aguardo?)
Rami. ¡Quien va!
Mul. Ramiro.
Rami. ¿Sois vos?
Mul. El que os espera: acercaos.
Al fin podré conseguir
mi objeto?
Rami. Perded cuidado;
vuestra es Doña Inés.
Mul. ¿Qué dices?
Rami. Si por Dios; pero os encargo
mucho el sigilo.
Mul. En cuanto á eso...
Rami. ¿Qué?
Mul. No tengas sobresalto;
¿pero como lograremos
lo que dices?
Rami. Es muy llano.
Debeis saber que en su casa
tan solamente habitamos
Doña Inés, su padre, y yo
en calidad de criado.
Por la noche mi señor
se recoje muy temprano,
no asi Doña Inés, que espera
hasta muy tarde en su cuarto,
estasiada en contemplar
de natura los encantos.
Mul. Y bien, ¿qué dices con eso?
Rami. No conoceis, voto al diablo,
que estando desprevenida
y su padre ya acostado,
ayudandoos mi persona
podeis robarla, y en tanto
aunque ella grite, y el viejo
oiga sus voces, ya cuando
á su socorro él acuda
estareis á paz y á salvo?
Lo principal es que entreis
en santa Fé, con recato,
y no deis que sospechar.
Mul. Pierde, Ramiro, el cuidado.
Rami. Debeis estar á las doce
en la calle ya aguardando,
y cuando mi seña oigais
en la casa entrais despacio.
Mucho os encargo el secreto.
Mul. Bien.
Rami. Si lo supiera el amo,
¡cáspita!
Mul. ¿Qué?
Rami. El buen señor,
aun á pesar de sus años,
tiene unas pulgas...
Mul. No temas,
desecha ese sobresalto.
Rami. Pues si lo llega á entender
no doy por mi vida... ¡Diablo!
El deseo de serviros
me obliga á dar este paso,
que sino...
Mul. Si... ya comprendo.
Rami. Nunca hubiera yo faltado...
Mul. Bien está: lo que tú quieres
es que en pagar no sea escaso.
Rami. Yo...
Mul. Si, toma. (*le da el bolsillo.*)
Rami. De manera...
(Como pesa.) Gracias. (Bárbaro
fuera yo si rehusára...)
Con que... ya estais enterado?
Mul. Si, ya estoy.
Rami. Quedad con Dios.
(No sé quien es este hidalgo,
lo que sé que paga bien
que es lo principal del caso.) (*marcha.*)
Mul. ¡Miserable! por el oro
vende el honor de su amo.
¡Cuanto desprecio me inspira!
Ya hemos dado el primer paso.
¿Adél?
Adel. ¿Marchó?
Mul. Si, á buscar
ahora á nuestra gente vamos.

ESCENA IV.

Habitacion de DON ALONSO DE AGUILAR, *en Santa Fé: dos puertas laterales, y un balcon en el fondo.*

GONZALO, INES.

GON. Injustos celos habeis
sin motivo, Inés querida,
pues por demas ya sabeis
que en mi un esclavo teneis
que diera por vos su vida.
A las ninfas del Genil
avergonzais, vida mia,
y á hermosura tan gentil
poco es una vida, mil
que tubiera, le daria.
INES. Muy lisonjero hoy estais.
GON. Solo os digo lo que siento.
INES. Tan bien el amor pintais,
que haciéndome creer vais
que la esperiencia os dió aliento.
GON. ¿Quién viendoos á vos, señora,
pudo amar á otra ninguna?
INES. Bella era tambien la mora.
GON. ¿Otra vez?
INES. Encantadora;
mucho aquesto os importuna.
GON. ¿Dais crédito á los rumores
que el torpe vulgo murmura?
INES. De vuestros tiernos amores
me han contado pormenores;
y es mi creencia segura.
Ninguna dama lo ignora.
GON. Padeceis muy grave engaño.
INES. (*con ironia*) Y de la noche á deshora,
ir á ver la hermosa mora,
no tiene nada de estraño.
GON. Me confundis en verdad.
INES. (*lo mismo.*) Y en trage turco salir,
y al abrigo del disfraz
entrar en Granada audaz,
nada prueba en mi sentir.
GON. (Todo lo sabe á fé mia.
¿Pero cómo? Es cosa rara.
Vive Dios, como podria...
Lo mejor es sin falsia
decirle la verdad clara.)
INES. ¿En qué pensais?
GON. Pienso, Inés,
en revelaros el caso.
INES. ¿Con que es cierto?
GON. Cierto es.
¿Y os enojareis despues?
INES. (Ya toda en celos me abraso.)
GON. Triste es la historia en verdad.
INES. Muy alegre la imagino.
GON. Os equivocais asaz.
INES. Si os ofendí, perdonad.
GON. (Celos tiene.)
INES. (Estoy sin tino.)
GON. Bien sabeis, amada Inés,
lo que resiste Granada,
que pasó un mes y otro mes,
un año, y otros despues,
sin darnos jamás entrada.
Nuestro valor se ha estrellado
contra esos malditos muros,
y en vano mi brazo airado
mil veces inmoló osado
sus campeones mas seguros.
De moro bien disfrazado,
una noche en ella entré
por un sitio retirado,
solo, si; mas bien armado,
y en sus calles me interné.
Grande impaciencia tenia
por ver ciudad tan hermosa,
y os aseguro, Inés mia,
que es la joya mas preciosa
de la bella Andalucía.
Serena la noche estaba,
de la alta torre moruna
el centinela velaba,
y la tiniebla auyentaba
la melancólica luna.
Muchas moras que se hallaban
asomadas á sus rejas,
con su galan conversaban,
y otras á los suyos daban
tiernas y amorosas quejas.
Una entre ellas distinguí
muy bella por vida mia...
ningun galan yo la vi.
INES. ¿Y os prendasteis de ella?
GON. Si:
entonces no os conocia.
INES. Fácil sois de enamorar.
GON. Fué un desliz muy pasagero
que no debeis de estrañar,
que en algo se ha de ocupar
fuera del campo el guerrero.
No tardé mucho á fé mia
en conquistar su aficion.
INES. Mal los hombres conocia.
GON. Sin recato y sin falsia
me entregó su corazon.
El amor que me inspiraba
fué muy leve á la verdad;
pero Zaida me adoraba...
INES. Decid, compasion no os daba
su candor y su beldad?
GON. Lo confieso, fué un error.
Bien caro su amor tirano
le costó, pues con mi amor
cubrí de luto y dolor
á su padre y á su hermano.
INES. Gran Dios!
GON. Inés, escuchad;
su hermano al fin sorprendió
su secreto, y en verdad
que era valiente y audaz.
INES. Y decid; ¿muerte la dió?
GON. Viendo perdido su honor
y el de su hermana tambien
con su descompuesto amor,
ciego de ira y de furor
intenta vengarse.
INES. Y bien?
GON. Rabioso me desafia,
procuro calmarle en vano,
me insulta con lengua impia,
y ya no pude, Inés mia,
dar paz á mi airada mano.
Rudo combate se traba;
en vano Zaida anhelante
separarnos intentaba:

nadie al acento escuchaba
de la infeliz suplicante.
Viendo sus quejas burladas,
llena su alma de terror
se lanza á nuestras espadas,
cuyas puntas aceradas
no la infundieron temor.
El acero de su hermano
hácia mi viene derecho;
mas ¡oh destino tirano!
que su fratricida mano
hirió á la mora en el pecho.
INES. Infeliz! ¿murió?
GON. Al instante:
sin exhalar una queja.
Ay! su rostro agonizante,
como un recuerdo punzante
de mi mente no se aleja.
A su padre en lid insana
tambien mi brazo inmoló.
Quiso mi suerte tirana
que de un padre y una hermana
privára á ese moro yo.
INES. A esa mujer desgraciada
fatal le fué vuestro amor.
GON. Bien decis, Inés amada,
su memoria infortunada
llena mi alma de dolor.
INES. ¿Y la amasteis mucho?
GON. No.
Creedme, Inés, á fé mia,
nunca mi alma cautivó:
si un dia me deslumbró,
corto es el amor de un dia.
INES. No teneis constancia á fé.
GON. No existe si hay desamor.
INES. Si no la amabais, ¿por qué
sedugisteis su candor?
GON. Solo en cuanto á eso os diré,
que el hombre que menos ama
es el que engaña mejor;
que á quien el amor inflama,
siempre idolatra en su dama
la belleza y el honor.
Si la amase como á vos
os amo, Señora mia,
nunca mas amor tendria,
os lo juro por mi Dios;
y creed lo cumpliria.
INES. Yo tambien, Gonzalo, os quiero,
y aqueste amor que os profeso
que jamás se borre espero,
y aun mas ahora os prefiero
de vuestra culpa confeso.
GON. ¿Con que no estais enojada?
INES. Con vos no lo puedo estar.
GON. Permitid, Inés amada,
que en vuestra mano adorada...
INES. Alguien viene.
GON. Es Aguilar.

ESCENA V.

Los mismos, AGUILAR.

AGUI. Córdoba, que Dios os guarde.
GON. Que él os conserve deseo.
Venis de ver á la reina,
Don Alonso?
AGUI. De eso vengo,
y estraño que vos no fueseis,
pues os echaron de menos,
y no debeis olvidar
que todo buen caballero,
entre el deber y su dama
debe elegir lo primero.
GON. Bien decis, mas fuisteis jóven
y conoceis que los yerros
de amor son disimulables.
Sabeis si viene el rey luego.
AGUI. Tardar no debe en volver.
GON. Mal mi impaciencia refreno,
pues que miro tan lejana
la felicidad que anhelo.
AGUI. La reina me ha asegurado
que pronto aquí le tendremos.
Grandes fiestas se preparan,
y habrá cañas y torneo.
GON. Mejor, Aguilar, seria
que se apretase al momento
el combate, que ha de hundir
esos muros altaneros.
AGUI. Moderad vuestra impaciencia,
buen Córdoba, pues yo creo
que pronto tendreis lugar
á demostrar vuestro esfuerzo.
GON. Confieso que esta inaccion
me causa y fastidia á un tiempo,
y harto trabajo me cuesta
el moderar mi ardimiento.
Tal vez creerán los moros
que no lo hacemos de miedo,
cuando tan solo anhelamos
el deseado momento
de probarles el valor
que se encierra en nuestros pechos.
AGUI. De su loca confianza
despertarán, y muy luego.
GON. Si, vive Dios.
INES. Y yo, padre,
solo de pensarlo tiemblo,
que tal vez en vuestra sangre
cebarán su enojo ciego.
GON. No temais.
AGUI. No, Inés querida,
nuestra vida guarda el cielo,
por su causa peleamos,
y por ella triunfaremos.
GON. Bien decis; pero es ya tarde
y me retiro: que el cielo
os guarde, buen Aguilar.
AGUI. El guarde al buen caballero.
GON. Ines mia, á Dios.
INES. A Dios.
GON. Hasta mañana...
INES. Os espero.

ESCENA VI.

AGUILAR, INES.

AGUI. Inés, cumplido doncel
es Gonzalo, y mucho anhelo
labrar tu felicidad
uniéndote á un caballero,
que es el mejor de Castilla
y blason de nuestro reino.
INES. Yo tambien, padre, lo ansio

puesto que es vuestro deseo,
y á mas tengo otras razones
para desearlo.
AGUI. Es cierto:
bien sabemos que os amais.
INES. No negaré el dulce fuego
que me inspiró, padre mio,
ese valiente guerrero,
invencible en las batallas,
fino en la corte y atento.
AGUI. Pronto llegará el monarca
y tendrá el debido premio
vuestro amor, pues yo, hija mia,
hacerte feliz deseo.
INES. No lo ignoro, padre mio,
y si plugo al justo cielo
arrebatarme una madre,
el cariño que os profeso
recompensais con ternura.
AGUI. Tú eres mi único consuelo;
mas la hora es ya abanzada,
me retiro á mi aposento.
Hasta mañana, hija mia.
INES. Dios proteja vuestro sueño.

ESCENA VII.

INES, *sola.*

INES. Cuando voy á ser dichosa,
cuando se acerca el momento
de que un santo juramento
me haga siempre venturosa;
no sé que inquietud sombria
me atormenta sin cesar,
que hace mi dicha amargar
y que turba mi alegria.
Lo que me aflije no sé;
mas triste presentimiento
me dice á cada momento
que siempre infeliz seré.
Si ilusion engañadora
fuese el amor de mi amante,
y me burlase inconstante
como á la infelice mora:
No, imposible, que sus ojos
su amor diciéndome van,
y si fijos en mi están
se disipan mis enojos.
Si desgraciada he de ser
siempre que su amor posea,
nunca infelice me crea,
pues es mi mayor placer.
Huya de la mente mia
memoria tan desdichada...
mas siento pasos... (*escucha.*) No es nada...
oir pisadas creia.
No, no es ilusion... los siento
ya mas cerca... de medrosa
en mi pecho, temblorosa
comprimo el turbado aliento.
Santo Cielo! que terror!
socorro implorar no puedo...
embarga mi lengua el miedo...
Padre... Ramiro... favor...

ESCENA VIII.

MULEY, RAMIRO, ADEL, MOROS, INES.

MUL. Silencio.
INES. ¡Santo Dios! (*se desmaya.*)
RAMI. Se ha desmayado.
MUL. Cogedla... bien... marchemos.
RAMI. Al instante,
y os encargo al salir tengais cuidado.
MUL. La mano á los puñales... y adelante.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el salon de audiencia de los reyes católicos en Santa Fé. Puerta de entrada á la derecha del actor, y otra á la izquierda que conduce á las habitaciones interiores, á cuyo lado está colocado el trono.

ESCENA PRIMERA.

El conde de TENDILLA, HERNAN PEREZ DEL PULGAR, GARCILASO.

PUL. Muy temprano, señor conde, (*á Tendilla.*)
os venis hoy á palacio.
TEN. Y lo mismo, caballeros,
pudiera yo preguntaros.
GAR. Bien decis; pero nosotros
por lo regular estamos
mas ociosos, siempre que
no andemos á cintarazos
con los moros; pero vos
siempre os hallais ocupado,
en negocios importantes,
y vuestros consejos sábios
continuamente la reina
necesita.
PUL. Garcilaso,
dice bien.
TEN. Ningun misterio
esto encierra; cortesano
soy, y como tal me precio
de puntual
PUL. No lo ignoramos.
TEN. Y decidme, ¿qué hay de nuevo?
¿se pudo poner en claro
quién fué el robador infame
de Inés de Aguilar?
PUL. En vano
ha sido que la buscasen
por todas partes.
TEN. ¡Estraño
caso, á fé!
PUL. Su triste padre,
con tal golpe anonadado,
se agita en vano y procura
hallar un indicio claro
que la verdad le demuestre
de robo tan impensado;
nada consiguió, y su pena
procura calmar en vano,
que de su dolor, señales
dá su rostro demudado.
GAR. Otra persona hay tambien
á quien golpe tan infausto
ha cubierto de dolor.
TEN. Ya sé que hablais por Gonzalo,
pues yo no ignoro que á Inés
adoraba.
GAR. Y por S. Pablo
que no se la doy muy buena,
si llega á saberse el caso,

al necio que osó imprudente
efectuar crimen tamaño,
pues que terrible venganza
tomar juró en desagravio
de su inicua alevosía.

Pul. ¿Y de tan gran desacato
noticia tiene la reina?

Ten. Si tiene, y órden ha dado
se hagan al punto pesquisas
por si se averigua el rapto,
y os juro que si se logra,
de ese crimen tan nefando
tomará egemplar castigo;
que era, á fè de castellano,
la bella Inés de Aguilar
la delicia y el ornato
de su corte.

Pul. Cierto es;
y de linage preclaro,
que la alcurnia de Aguilar
por Dios que pica muy alto.

Ten. A nadie cede en nobleza,
y hartas pruebas tienen dado
sus ilustres ascendientes
de varones esforzados.
Mas hácia aqui se dirige
D. Alonso; ved que pálido.

Gar. Lástima en verdad me inspira.

Pul. No renovemos su llanto,
que á penas irremediables
consuelos son escusados.

ESCENA II.

Dichos, y D. Alfonso de Aguilar.

Agui. Nada: ni un indicio; en vano
(*hablando para sí.*)
me afano en buscarla. Cielos!
¡este fruto á mis desvelos
me guardabas! Si un villano
quiso robarme la dicha
sin respetar mi dolor,
sepa quién es, mi rencor
tambien hará su desdicha.

Pul. Mucho su dolor me aflije.

Agui. (*acercándose.*) Caballeros...

Ten. Bien venido;
temprano habeis acudido.

Agui. El buen caballero elige
antes que hacerse esperar,
si su rey le necesita,
no ser puntual á su cita
sino por él aguardar.

Pul. Y ¿sabeis las condiciones,
señor conde, que Granada
hoy propondrá en su embajada?

Ten. Encuentro muchas razones
para adoptarlas, Pulgar,
pues que ventajosas son,
y si vale mi opinion
se debieran de aceptar.
No ignorais que ha sido en vano,
y esta es la pura verdad,
para rendir la ciudad
todo el valor castellano.
Sus muros han resistido
largos años de combate,
y aunque en verdad no se abate
nuestro valor, no ha podido
la mas mínima ventaja
conseguir de la fortuna,
y en tanto la media luna
con sus triunfos nos ultraja.
Bien conozco que apurada
hoy se encuentra en demasía;
pero ya la Berberia
debió de enviarla una armada,
pues el rey de aquella tierra
le prometió á Boabdil
su socorro, y otros mil
le ayudan en esta guerra.
Hoy que humilde en demasía
paz propone ventajosa,
me parece que no es cosa
que despreciarse debia.
Harta sangre fué vertida,
y tras de tantos horrores,
daremos gracias, señores,
si hemos quedado con vida.
Nadie de nuestro valor
dudar debe, y pues podemos,
el asedio levantemos
que no pierde nuestro honor.

Pul. Si vos asi lo creeis,
señor conde, lo que estraño,
no piensan asi, ó me engaño
los que delante teneis.

Gar. No por Dios, que fuera mengua
admitir...

Agui. Teneis razon.

Pul. No sentirá el corazon
lo que dice vuestra lengua.

Ten. La prudencia asi lo exige.

Pul. Mas lo reprueba el honor.

Ten. No tal.

Pul. Callad, por favor,
que eso escucharos me aflige.
Tal afrenta no consiente
el que es noble y castellano,
que en tanto empuñe su mano
el acero refulgente,
nunca el miedo ha de encontrar
en su corazon morada,
ni empañar su limpia espada
ni ante el peligro temblar.

Ten. Vos me ultrajais, vive Dios,
y no hareis en vano alarde
de tacharme de cobarde.

Pul. No os llamo cobarde á vos;
pero si á vuestro consejo
indigno de un caballero.

Ten. Reportaos, ó mi acero
os probará, aunque soy viejo,
que no se denuesta en vano
á un hidalgo con honor,
á quien nunca el vil temor
hizo titubear la mano.

Pul. Señor conde de Tendilla,
os lo vuelvo á repetir.

Ten. Pues os hará arrepentir
quien no sufre tal mancilla.
(*saca la espada.*)

Pul. Eso veremos los dos. (*saca.*)

Gar. Que vais hacer... en Palacio?

Agui. Ya lo vereis mas despacio.

Ten. Ahora ha de ser, vive Dios.

ESCENA III.

Dichos, y GONZALO.

GON. ¡Qué miro! ¿que es aquesto, caballeros?
¿En Palacio asi estais con rostro airado
y en la mano empuñando los aceros?
¿Qué motivo, por Dios, os ha obligado
á un desacato tal? Vos, señor conde,
que edad teneis para tener prudencia,
que un crimen cometeis no se os esconde;
y á vos Pulgar tambien: de tal pendencia
¿cuál el motivo fué?
TEN. Volver es esto
por mi ultrajado honor.
GON. Y de ese modo,
acaso por querer volver mas presto,
¿lo quereis, señor conde, perder todo?
¿Hasta ese honor que defendeis airado?
PUL. Tampoco mi intencion fue el injuriaros;
pero vos, ciego de ira, provocado
á combate me habeis, y el rehusaros
fuera baldon por Dios.
TEN. ¡Qué estoy oyendo!
¿Ahora os retractais?
PUL. ¡Yo retractarme!
GON. ¿Ya volveis á empezar?
PUL. Id respondiendo,
si quereis, señor conde, el escucharme.
¿Habeis de mi valor nunca dudado?
TEN. Fuera Hernando, el negarósle injusticia.
PUL. ¿Mancha alguna en mi honor habeis notado?
TEN. Os tengo por honrado, sin malicia.
PUL. ¿Y me juzgais capaz de que por miedo
diga una cosa que verdad no sea?
TEN. Bien conozco, Pulgar, vuestro denuedo,
y á fé que mereceis el que se os crea.
PUL. ¿Y si ahora os lo repito, tendreis duda
que no fué mi intencion el injuriaros?
TEN. Aunque el enojo á la razon acuda,
me doy por satisfecho al escucharos.
Mi mano aqui teneis.
PUL. Esta es la mia.
TEN. La pasada querella ya olvidemos.
PUL. Olvidada está ya!
GON. Por vida mia
que entrasteis en razon; asi os queremos.
Mas Aguilar aqui?.. no os habia visto,
perdonad D. Alonso si altanero...
AGUI. (Mal á su vista mi dolor resisto.)
Disimulado estais, buen caballero.
GON. (¡Qué demudado está! ¡Desventurado!
en vano intento darle algun consuelo,
tambien padezco yo, que el cielo airado
me arrebató la dicha en este suelo.)
AGUI. Y Córdoba, decidme, ¿habeis logrado
encontrar un indicio...
GON. En vano ha sido,
que ciego de furor, desesperado,
en su busca Aguilar, haya salido.
No consegui adquirir noticia alguna
ni una sospecha que mi afan calmára,
adversa nos ha sido la fortuna,
y os confieso, por Dios, que me espantára
un caso tan estraño, sino fuera...
AGUI. ¿Qué? Sospechais tal vez...
GON. Nada sospecho,
porque si fuese asi, yo os lo dijera,
AGUI. Dad un consuelo á mi afligido pecho.
GON. Tal vez mañana darósle podria.
AGUI. ¡Qué decis!
GON. Si: mas permitidme ahora
os oculte el secreto; no querria
daros una esperanza engañadora.
AGUI. Pues que asi lo quereis; ya no porfio,
me dá vuestra esperanza algun consuelo.
GON. A ella no os entregueis, que aun no confio,
D. Alonso, en calmar vuestro desvelo.
Mas permitidme... con Pulgar ahora
tengo que hablar.
AGUI. Muy bien; pero mañana...
GON. Si: mañana os veré.
AGUI. Mas á qué hora
no me podreis decir?
GON. La mas temprana.
Hernando?
PUL. Que quereis.
GON. Tengo que hablaros
de un secreto importante: estadme atento.
PUL. Decid lo que gusteis, que ya á escucharos
dispuesto estoy, y os juro...
GON. El juramento
sobra aqui entre los dos, por vida mia.
PUL. Teneis razon, pues bien nos conocemos.
GON. No ignoro, buen Pulgar, vuestra hidalguia,
mas... un poco hácia aqui nos retiremos.
Hace poco que os dije sospechaba,
pues la historia sabeis de mis amores,
que mi Inés en Granada se encontraba;
y que eran sus infames robadores
instrumento fatal de una venganza
hácia mi dirigida solamente;
mas no, no se me oculta su esperanza,
quisieron de dolor cubrir mi frente,
conocieron que Inés era mi vida,
que sin ella la dicha es imposible,
y que el fiero puñal de un homicida
no hiriera mas mi corazon sensible
que un golpe tan funesto; pero intento
hoy sacarla, Pulgar, de entre su manos,
ó morir.
PUL. Decis bien, y un escarmiento
hacer en esos perros inhumanos.
En Granada entraremos, vive el cielo.
GON. Me comprendisteis ya, y en vuestro arrojo
no en vano confié, me dais consuelo.
PUL. Probarán si resisten nuestro enojo.
GON. Bien, esta noche... pero, ó estoy soñando
ó es Muley Aliatar aquese moro
que hácia aqui se dirige.
PUL. A fé de Hernando
que no os puedo decir... su nombre ignoro.
TEN. Es el embajador que envia Granada
á proponer la paz.
GAR. Y á lo que creo
no ha de salir lucido en su embajada.
PUL. Conoceis á ese moro segun veo.
(*hablan los dos aparte.*)

ESCENA IV.

Dichos, MULEY ALIATAR.

MUL. Que Alá os guarde, caballeros.
TEN. Seais, moro, bien venido.
PUL. ¿Qué me decis? (*á Gonzalo.*)
GON. (*á Pulgar.*) Si por Dios.

PUL. ¿Con qué es el hermano?
GON. El mismo.
Con él á solas hablar
me conviene.
PUL. Si conmigo
pudiera llevar la gente
que está aqui.
MUL. (¿Qué es lo que miro?
Alli está Gonzalo, el cielo
ya protege mis designios.
Fija en mi su airada vista
y el por qué ya lo adivino;
mi venganza empieza ahora,
sufre como yo he sufrido.
Si yo le pudiera hablar...)
PUL. (*á Gonzalo.*) Miraré á ver si consigo.
Caballeros?..
GAR. ¿Qué decis?
PUL. Que aun es temprano imagino,
y la reina ha de tardar
en salir, y si conmigo
venir quereis, en causaros
grata sorpresa me obligo,
con un hermoso caballo
que á los moros he cogido,
que aunque bruto es en el nombre,
en su especie es un prodigio.
GAR. Bien pensado.
TODOS. Vamos.
GAR. Vamos.
PUL. Si, pues que á tiempo venimos.
¿Y vos nos acompañais?
AGUI. (Disimular es preciso.)
Bien.
GAR. Y Gonzalo?
GON. Me quedo.
(*vanse menos Muley y Gonzalo.*)
Gracias á Dios... ya se han ido.

ESCENA V.

MULEY, GONZALO.

MUL. (Se presta él mismo á mi venganza.)
GON. Moro,
me conoceis?
MUL. Tal vez si asi no fuera,
mas feliz y dichoso yo os creyera.
¿Pensais acaso que quién sois ignoro?
Cuanto mejor para los dos seria
no habernos conocido!..
GON. Id mas despacio,
porque si estais seguro en el Palacio,
os encuentro arrogante en demasia
y ya sabeis que es corta mi paciencia.
Responded, vive Dios, á lo que os digo,
pues sino, pongo al cielo por testigo
que habré de castigar tanta insolencia.
¿Sois vos acaso el robador villano
de Inés?..
MUL. Adivinasteis.
GON. ¿Vos?
MUL. Yo he sido.
No en vano, voto á Dios, lo he presumido.
La amás tú por ventura, vil pagano?
MUL. Amarla... tú no sabes que en mi pecho
no abrigo otra pasion que la venganza?
ella es solo mi única esperanza.
GON. Cuando estarás ¡oh mónstruo! satisfecho.
MUL. Mucho que padecer tienes primero
despues que hayas las heces apurado
del caliz del dolor, entonce airado
castigarte sabré cual caballero.
Siempre tus pasos seguiré importuno
como el rapaz milano en la dehesa,
que aun antes de caer sobre la presa
sus hijuelos devora uno por uno.
GON. Mal elegiste en tu creencia loca
queriendo hacerme el blanco de tu enojo,
no hay en tu pecho suficiente arrojo
y á mi valor es tu arrogancia poca.
Acaso ahora juzgarás triunfante
que has humillado mi valor, pagano,
¡guarte no caiga el misero milano
en las garras del águila arrogante!
Si de mi furia libre estas ahora
porque mi honor, pardiez, es lo primero,
no de un cristiano bravo y caballero
ha de burlarse tu arrogancia mora.
¿Acaso piensas en tu orgullo loco
que haciendo alarde de traicion impia,
impune ha de quedar tu villania
mi renombre y valor teniendo en poco?
Piensas que triunfe tu arrogancia fiera
del inflexible honor de un castellano,
que al levantar su poderosa mano
en polvo tu osadia convirtiera?
No, por quien soy: si astuto y mentiroso
de la noche en las sombras protegido,
ese menguado triunfo has conseguido
de tus rencores parto deshonroso,
yo tu esperanza dejaré burlada,
que si audaz á mi Inés me arrebataste
y segura en Granada la dejaste,
he de ir á recobrártela á Granada.
MUL. Necio de ti que piensas todavia
el fruto arrebatar de mis desvelos;
por el profeta que te engañas.
GON. (¡Cielos!)
MUL. No has de ver á Inés mas por vida mia.
GON. Veremos, voto á tal, traidor insano,
porque si Dios mi empresa no socorre,
toda la sangre que en tus venas corre
será poco al enojo de un cristiano.
MUL. Y piensas, di, que á mi rencor bastante,
tranquilo quedarás? Te has engañado:
á tus lábios la copa has acercado
y la habrás de apurar.
GON. Moro arrogante,
no asi necio provoques mis enojos
que si un sagrado es para mi tu vida,
pon un sello á tu lengua maldecida,
pues sino te la arranco por los ojos.
MUL. No he de cejar un paso en mi carrera;
bien puedes desechar toda esperanza,
que ofreci en holocausto á mi venganza
esta vida que Alá me concediera.
Escúchame: bien sabes que Granada
de embajador me envia hácia tus reyes,
mi vida respetar hacen las leyes,
mas la existencia á mi me importa nada.
Paz les propongo en nombre de los mios
que debeis de aceptar, pues esta guerra
ya limpió de soldados vuestra tierra
y yacen apagados vuestros brios.
La reina os pedirá consejo á todos;
el tuyo es de gran monta, y tal seria,
que si tú apoyas la embajada mia

airoso he de salír de todos modos.
GON. Nunca.
MUL. Lo harás: te tengo bien cogido
de mi venganza en el estrecho lazo,
pues si así no lo hicieres, sin mas plazo
la prenda de tu amor habrás perdido.
GON. Me estremeces: tan fiero desacato
solo tu mente concebir pudiera.
MUL. Oiste ya mi condicion postrera.
O mi embajada apoyas, ó la mato.
GON. Ira de Dios! En donde, miserable,
ese infernal proyecto concebiste?
Crees acaso, moro despreciable,
que mi resolucion firme rompiste?
Inés es mi ilusion, es mi esperanza,
diera mi vida por salvar la suya,
pero el honor, jamás. Si, mi venganza
en pos irá malvado de la tuya.
MUL. ¡Cómo! Asi me la entregas? A fé mia
que la amabas crei, mas me he engañado;
ese orgullo insensato que te guia
y al que llamas honor, la ha sentenciado.
Crees caer en un astuto lazo
al salvar su existencia, ¿estás demente?
No ha de temblar mi vengativo brazo
al inmolar la victima inocente.
GON. Lo sé muy bien, de tu maldita raza
solo infamia y baldon es lo que espero.
Miserables reptiles, en la caza
os espanta el rugir del Leon fiero,
y mientras este duerme sin cuidado,
sus hijos devorais, mas ya que ahora,
de su terrible sueño ha despertado,
guardaos de su garra triunfadora.
MUL. Piénsalo bien, cristiano; asi orgulloso
no pierdas, para siempre, la existencia
de la muger que adoras; tu reposo
por siempre auyentará tal resistencia.
Ella que fia de tu amor segura,
su salvacion de ti tan solo aguarda,
si decretas su eterna desventura,
tu súplica despues ya será tarda. *(vase.)*

ESCENA VI.

GONZALO.

GON. Que esto escuche, y no le mato:
podré sufrir que ese infame
su pura sangre derrame...
mas tente, tente, insensato.
Aunque su infamia lo abona
no puedes por justa ley,
sin ser traidor á tu rey
atentar á su persona.
Pues ¿qué recurso tomar,
cuando á no ser un traidor
sacrificando mi amor
voy su muerte á decretar?
Ella de mi amor segura
su salvacion fia en mi.
¡Qué desgraciado naci!
pues es tal mi desventura
y tan atroz mi martirio,
que hoy á esa Virgen inmolo,
cuyo delito es tan solo
el amarme con delirio.
Mas si yo puedo salvarla,
¿no seria á la verdad
inaudita crueldad
asi á muerte condenarla?
Aunque su embajada apoye
en vano el moro se afana,
pues la altivez castellana
tan ruin propuesta desoye.
Sin riesgo lo puedo hacer,
que á pesar de mi valor,
en esta lucha el amor
suele á la virtud vencer.
Accederé á mi pesar
á esa propuesta menguada,
pues de nuestra reina nada
ha de poder alcanzar.
Vive Dios, nunca pensára
que asi burlando mi amor,
á apartarme del honor
un vil moro me obligára!

ESCENA VII.

El mismo, PULGAR, AGUILAR, TENDILLA, GARCILASO *un Ugier.*

GAR. Buen corcel tiene Pulgar.
TEN. Si, famoso es el caballo.
GAR. Se lo envidio por quien soy
aunque mi troton no es malo.
PUL. ¿Habeis hablado á ese moro?
(acercándose á Gonzalo.)
GON. Nunca yo lo hiciera, Hernando.
PUL. Pues que, no lograsteis...
GON. Si.
Se que Inés está en sus manos.
PUL. Qué estais diciendo!!
UGIER. La reina.
GON. Ya hablaremos mas despacio.

ESCENA VIII.

Dichos, LA REINA *y acompañamiento.*

REI. La reina os saluda, nobles caballeros,
que sois el ornato del pueblo español,
admira la Europa tan nobles guerreros
pues nunca los viera tan bravos el sol.
GAR. De gozo, señora, latir nuestros pechos
sentimos henchidos de santo valor,
si gloria alcanzaron tal vez nuestros hechos,
á vos os debemos, gran reina, este honor
Si el adalid fuerte allá en el combate
de vil desaliento sintió la señal;
á vos os recuerda, el miedo rebate
y ciñe su frente de lauro inmortal.
Jamás quien de noble y honrado blasona
dejó de ofreceros su vida y honor,
jamás reina alguna ciñó la corona,
cual vos reuniendo belleza y valor.
Acaso vos sola podreis gloriaros
de ser la señora de ignota region,
un mundo era poco tal vez á admiraros,
y os dará otro mundo Cristóbal Colón.
REI. Por Dios Garcilaso que estais lisongero.
GAR. Aun mejor diriais que digno no soy
de hacer vuestro elogio.
REI. De vos mucho espero
y bien lo demuestra lo que hicisteis hoy.
PUL. En vuestro servicio los fieles guerreros,
jamás han temido su sangre verter,
que en la horrenda lucha sus fuertes aceros

hicieron del moro rendir el poder.
TEN. Que mucho, si en nombre de Dios pelearon
y el cetro empuñaba la grande Isabel?
REI. Hechos tan gloriosos al mundo espantaron
ciñendoos la frente de verde laurel.
Mas por vida mia que muy silenciosos
están hoy Gonzalo y el buen Aguilar.
AGUI. Motivos, señora, sabeis poderosos...
REI. Solo con pensarlo me haceis contristar.
¿Indicio ninguno no habeis encontrado?
AGUI. Ninguno, señora.
REI. Caso estraño á fé.
Si de mi venganza no huyese el malvado,
por quien soy, su infamia castigar sabré.
Pero ya es la hora; la audiencia empecemos.
Concedo al enviado de hablarme el honor.
(*á un page.*)
GAR. (*á Pulgar.*) Su embajada inútil por Dios que creemos.
GON. Se acerca el instante, tengamos valor.

ESCENA IX.

Dichos, MULEY.

REI. Muley, á escucharos dispuesta me hallo;
ya vuestra embajada podeis esponer;
respuesta os preparo, que aunque hora la callo
ofrenda ninguna podrá remover.
MUL. A hablaros, señora, yo vengo enviado
del rey de Granada, del gran Boabdil,
sus régios poderes para ello me ha dado,
y á Ala que os conserve, le ruega años mil...
REI. Por mi ese monarca asaz se interesa.
MUL. Mucho.
REI. No lo ignoro, podeis proseguir.
PUL. (Del moro á fé mia fué inútil empresa)
GAR. (De aqui muy contento no habrá de salir.)
MUL. No ignorais, señora, que vanos han sido
para someternos diez años de afán:
ventaja ninguna no habeis conseguido
y vuestros esfuerzos perdiendose van.
Bien sabeis la sangre que fué derramada;
que para esta empresa podeis ya contar
con fuerzas escasas, y en tanto Granada
que aumenta sus tercios, sabeis, sin cesar.
Pues bien, sin embargo de ventaja tanta
con la paz os brinda mi rey y señor,
y ofrece á la reina, si el sitio levanta,
magnificos dones de grande valor.
A mas los lugares la da en obediencia
que aun sometidos están á su ley.
TEN. (A tanto negarse no puede en conciencia.)
MUL. Aquesto me encarga deciros el rey.
REI. ¿Habeis acabado, Muley?
MUL. Si, señora.
REI. Que opinan mis nobles de aquesta embajada,
saber yo quisiera...
GON. (¡Oh! ¡suerte traidora!!.)
GAR. (Inútil contemplo preguntarnos nada.)
REI. Empiece primero mi gran capitan.
GON. Yo creo... señora... (Estoy confundido.)
que grandes ventajas... los moros nos dan...
MUL. (Al fin por mi parte se habrá decidido.)
GON. Ya por nuestro campo cunde el desaliento,
y puesto que el moro rendido se humilla,
y grandes ventajas ofrece, yo siento
que va en admitirlas el bien de Castilla.
(Oh! ¡pesia á mi suerte! Que mi desventura
á esto me obligue!)
REI. Como! ¡así pensais!
GAR. ¿Lo oisteis, Hernando?
PUL. Si. (Se me figura
que caigo en la cuenta.)
AGUI. ¡Que tal dicho hayais!
REI. (A fé que me estraña tan rara mudanza,
se encuentra confuso, misterio hay aqui.
Finjamos que apruebo su loca esperanza;
tal vez aclararlo consiga yo asi.)
Segun vuestro voto, Córdoba, yo debo
admitir las paces que el moro me ofrece.
GON. (*con indecision.*)
Tal vez fuí indiscreto... y ahora no me atrevo...
pues poco concepto el mio merece...
REI. Antes al contrario, lo tengo yo en mucho,
y en prueba de ello, admito gustosa
del moro...
GON. (Que dice!)
MUL. (Yo triunfo.)
GON. ¡Què escucho!
Oh! nunca, señora; no, no hagais tal cosa.
REI. Mas quien os entiende, el seso perdisteis
jamás os he visto, yo, Córdoba asi:
errado en venir al consejo anduvisteis
pues no me hacen falta dementes aqui.
Decid al monarca que admito con gusto...
(*á Muley.*)
GON. ¡Oh! cesad, señora, cesad por piedad;
de tal escucharos yo pienso y me asusto,
si locos estamos los dos en verdad.
¿Quereis que ludribrio del moro cobarde
despues de diez años de lucha y de afán,
de habernos vencido tal vez haga alarde
impune quedando su fiero desman?
¿Quereis que la Europa nos diga admirada,
en mengua y escarnio del nombre español,
que la media luna que impera en Granada
eclipsó de España el fúlgido sol?
¡Oh! nunca, no, nunca baldon tan horrible
el buen castellano podrá consentir.
apréstese luego la lucha terrible
y al pié de esos muros sabremos morir.
Acaso contamos en este momento
con fuerzas escasas en nuestro favor...
son pocos: no importa, vale uno por ciento,
y á mas, nuestra causa protege el Señor.
(*Se acerca á la reina hincando una rodilla.*)
Perdonad, mi reina, si anduve indiscreto.
(¡Cruel sacrificio! no aliento ¡ay de mi!)
Cual á vos á nadie tributo respeto,
mas á contenerme capaz yo no fui.
REI. Asi yo os queria, me habeis consolado;
mas nadie os comprende, decidme por Dios...
GON. Cuando los motivos os haya esplicado,
mi ambigua conducta no estrañareis vos.
REI. Despacio hablaremos, de aqui no es asunto.
(*á los demas.*)
Creo, caballeros, que inútil será
consejo pediros sobre aqueste punto.
TEN. Yo creo debeis admitir...
REI. (*con sequedad.*) Bien está.
PUL. Todos cual Gonzalo pensámos.
MUL. (El necio
al fin la ha perdido, su suerte fijó!)
REI. Volved al monarca, decidle que aprecio
sus gratas ofertas que no admito yo.
¿Acaso ha creido que porque mi esposo

ausente se hallaba, cual débil mujer
hubiera admitido, buscando el reposo,
las tréguas que humilde se digna ofrecer?
Decidle, que alianza no admito ninguna,
que no hay medio alguno, rendirse ó triunfar,
si no nos ausilia la adversa fortuna,
muramos con gloria, con fé, y sin temblar.
(*Muley se inclina.*)
Ahora me retiro; Gonzalo os espero.

GON. Muy pronto, señora, con vos estaré.
(*sale la reina.*)
Perdon, Inés mia: mi honor es primero;
mas si Dios me acude, yo te salvaré.

MUL (*á cercándose á Gonzalo.*)
Sublime estubisteis, mas llegó mi hora,
pues que el desenlace toca solo á mi:
rezar por su alma podeis desde ahora.

GON. Si á tal te atrevieses, infiel, ¡ay de ti!

ACTO TERCERO.

El teatro representa la vega de Granada, á un lado y en primer término una tienda de campaña, y en el fondo otras varias.

ESCENA PRIMERA.

AGUILAR, GARCILASO, PULGAR.

GAR. Ya el alba muestra su luz.

PUL. Preparado está el ejército
para empezar la batalla,
que debe de ser muy luego.
¿Fuisteis á recibir órdenes (*á Aguilar*)
del rey?

AGUI. Sí, de eso vengo,
y ordenando le ha dejado
sus aragoneses fieros.

PUL. ¿Y la reina?

AGUI. Está animando
á los castellanos tercios
que al mando van de Gonzalo,
quien ya de impaciencia lleno,
mira con airada vista
del musulman los aprestos.

GAR. Sabeis que nunca le he visto
tan estraño y descompuesto;
sus ojos solo respiran
venganza, y en su ardor ciego
deseára que el combate
se comenzára, primero
que volviera nuestro rey
de Madrid; y vos no menos,
á pesar de la prudencia
que os caracteriza inquieto
os encontrais, y á la reina
apurabais sin sosiego,
para empezar el combate;
y aunque todos bien sabemos
vuestro valor; sin embargo...

AGUI. Acaso motivos tengo
para desearlo, hoy mas
que otras veces.

PUL. Si por cierto.

GAR. Esplicadme los motivos...

AGUI. No.
Ya lo sabreis muy presto,
por ahora es imposible.

GAR. De lo que teneis secreto
nada que saber ansio.
(*mirando hácia la derecha.*)
¡Qué espectáculo tan bello
es ver al rayar el alba
un militar campamento
que al combate se prepara!
Por Dios vivo, que no ceso
de contemplarlo: quisiera
tener suficiente tiempo
para poder describirlo,
mas ya que ahora no puedo,
despues que háyamos entrado
en Granada, pienso hacerlo.

PUL. Si es que no os hallais herido...

GAR. O acaso en el cementerio
quereis decir? Quien lo sabe,
á todo me hallo dispuesto.
¿Acaso estamos seguros
de que los tres nos hallemos
vivos y sanos, despues
que cese el lance sangriento?

PUL. No es verdad; mas aqui viene
Córdoba.

ESCENA II.

Dichos, GONZALO.

GON. Que os guarde el cielo.

PUL. Que á todos nos guarde hoy;
tal vez despues no sea tiempo.

AGUI. Teneis razon.

GON. Ya sabeis
vuestros respetivos puestos.
Yo por mi parte he jurado
ó perecer como bueno,
ó triunfar como valiente.

AGUI. (*acercándose á Gonzalo y dándole la mano.*)
No lo ignoro: os lo agradezco.

PUL. Todos juramos lo mismo.

GAR. Hoy será un dia funesto
para España, ó su memoria
será asombro de los tiempos.

GON. Al mirar vuestro entusiasmo,
la victoria, compañeros,
yo tengo como segura.

GAR. Yo tambien.

AGUI. Quieralo el cielo.

GON. Mucho tarda, vive Cristo,
en ostentarse en el cielo
el astro que ha de alumbrar
la infamia del sarraceno.

GAR. Moderad vuestra impaciencia,
pues muy pronto le veremos
iluminar la victoria
desde su altísimo asiento.

GON. (*aparte á Pulgar.*)
Hernando, á pesar de todo,
de imaginar me estremezco
que para salvar á Inés
tal vez ya no sea tiempo.
Si ha cumplido su palabra
el rencoroso agareno...
ya no existe la infelice...

PUL. No turbe tu pensamiento
tan melancólica idea.

GON. Solo de pensarlo tiemblo:
la incertidumbre en que vivo
agota mi sufrimiento,

y la terrible verdad
tan solo saber anhelo,
aunque el saberla me cueste
una vida de tormentos.
Por eso hoy pienso arrostrar...

PUL. Si, si, en Granada entraremos,
ó sino al pie de esos muros
se han de encontrar nuestros cuerpos.
¿Mas revelaste á Aguilar
de Inés el destino adverso?

GON. No, solo le he referido
una parte del suceso.
Mas él ignora que el moro
tiene el rencoroso empeño
de inmolarla á su venganza.

PUL. Por eso muestra tal fuego...

GON. El cree hallar á su Inés
viva y salva, si podemos
en Granada penetrar;
pero no quieran los cielos
que cuando corra á buscarla
en su confianza ciego,
solo encuentre un atahud
de sus esperanzas centro.
¡Ay! Hernando, si supieras
bajo este engañoso aspecto
cuanto sufro; mas si acaso
mis esperanzas murieron,
la muerte buscaré ansioso
como mi único consuelo.

PUL. No asi apoderen tu alma
tan tristes presentimientos.

GAR. La reina viene hácia aqui,
abrid paso, caballeros,

ESCENA III.

Dichos, LA REINA, *y acompañamiento de soldados y caballeros.*

GON. (*saliendo á recibirla.*)
Tanto favor, gran señora,
no esperaba yo en verdad:
á honrarme su magestad
viene á mi tienda á esta hora.

REI. Si, mi bravo capitan;
pronto el clarin oireis
que os llame á do conquisteis
lauros que gloria os darán.

GON. Impacientes nos hallamos
por esa señal oir
que nos llame á combatir.

AGUI. Si, todos lo deseamos.

REI. De mis bravos, los mejores,
se cual sabeis pelear.

GON. No nos mirareis tornar
sino como vencedores.
Muy pronto ondear vereis
en la Albambra victorioso,
el estandarte glorioso
que en nuestras manos pondreis.
Y el alarbe estremecido
por su derrota asombrado
irá á ocultarse humillado
al desierto do ha nacido.
Si: que habremos de labar
de siete siglos la mengua,
y lo que dice mi lengua
el acero ha de probar.

AGUI. Si, gran reina, hoy nos vereis
volver triunfantes.

REI. Lo anhelo,
y cual decis, quiera el cielo
que victoriosos torneis.

GAR. A nuestra patria y á Dios
gran deuda pagar debemos,
y mucho hacer prometemos
por nuestro rey y por vos.

REI. Qué nu debo yo esperar
de tan bravos caballeros?

PUL. Jamás á vuestros guerreros
nadie podrá disfamar.
Que si en diez años de afanes
no pudimos por fortuna
triunfar de la media luna,
hoy verán los mulsumanes
quiénes sus contrarios son,
que tras de desdichas tantas,
por trofeo á nuestras plantas
humillarán su pendon.

REI. Que ha de poder resistir
á vuestro ánimo valiente?
Nada, de entusiasmo ardiente
siento mi pecho latir.
Cuanto á Dios agradeciera,
si á pesar de mi poder,
en vez de débil mujer
cual fuerte varon naciera.
Entonces por vida mia,
en medio la lid adusta,
blandiendo lanza robusta
por mi patria lidiaria.
Pero, pese á mi destino,
quiso la fortuna adversa
darme ocupacion diversa,
y por Dios que erró mi sino.
A dios, amigos; lidiad
cual sabeis, nada mas quiero,
que veros solo ya espero
de Granada en la ciudad.

GON. Todos alli os aguardamos;
y si el adverso destino
nos arrebata malino
la victoria, aunque ya estamos
de ella, señora, seguros;
si no es nuestra la ciudad,
nuestro cadáver buscad,
estará al pie de sus muros.

REI. Que el triunfo no se retarde
con ánsia suplico á Dios.

GON. Que la dicha os siga en pos.

REI. Amigos, que el cielo os guarde.

ESCENA IV.

Dichos, menos la REINA.

GAR. Ya el sol en el horizonte
muestra su luz esplendente,
y antes que la escelsa frente
hunda en el opuesto monte,
ó la victoria alcanzamos
ó la muerte conseguimos,
pues tal juramento hicimos
y es fuerza que lo cumplamos.

AGUI. Mas por alli acelerado
un soldado se encamina,
y hácia aqui su paso inclina.
¿Qué nueva?..

GON. Comisionado
tal vez por el rey vendrá.
PUL. Temo algun indicio malo,
caballeros...

ESCENA V.

Dichos, un SOLDADO.

SOL. ¿Don Gonzalo
el de Córdoba?
GON. Aqui está,
¿que quereis?
SOL. De la muralla
una flecha han disparado,
en cuya punta enclavado
este billete se halla.
A vos viene dirigido. (*se retira.*)
GON. Bien esta; pero me estraño...
y temo que algun engaño...
Veamos su contenido.
AGUI. (*á Pulgar*) ¿Qué dirá aquese papel?
PUL. Acaso con el objeto
de dilatar, será un reto
de algun atrevido infiel.
AGUI. No, yo otra cosa sospecho...
Ese billete no abris
ó vos tal vez presumis...
GON. Tiemblo abrirlo; tal vez hecho
estará ya el sacrificio:
mas á qué tanto temor?
Veamos, tal vez mi amor
Dios mirará mas propicio. (*lee.*)
¡Cielos! cierta es mi desdicha.
GAR. Habeis perdido el color.
GON. Esto faltaba ¡oh dolor!
para acabar con mi dicha.
(*á Aguilar.*)
No intenteis nunca saber
lo que este billete encierra,
vuestra desgracia en la tierra
hacerlo, os puede traer.
AGUI. Lo he de saber, vive Dios,
aunque me fuese la vida;
decid, ¿á mi Inés querida
hemos perdido los dos?
¡Oh! no aumenteis mi quebranto,
decídmelo por piedad.
GON. Pues bien, entonces mirad...
(Que voy á hacer, cielo santo.
Sin piedad he de afligir
á un padre desventurado?
Dejemos al desdichado
con esperanza vivir.)
AGUI. Os quereis de mi burlar
sin respetar mi dolor,
ó bien temeis que el valor
me pueda acaso faltar?
GON. D. Alonso, para vos
nada este papel contiene,
ni noticia alguna viene
en él, que ataña á los dos.
AGUI. No, Gonzalo, me engañais,
vuestra inquietud me lo prueba;
alguna funesta nueva
en ese papel guardais.
¿No me asegurasteis vos
que era fatal para mi
su contenido?
GON. Yo... si...
mas me he engañado por Dios;
os los juro por quien soy...
AGUI. Otra vez os lo creyera...
mas decidme; que os altera...
GON. No... veis que tranquilo... estoy...
AGUI. No; temblais, la palidez
que cubre vuestro semblante,
me dan á entender bastante
lo que decirme tal vez
vos no quereis.
GON. ¡Qué suplicio!
AGUI. Hija mia, te he perdido.
PUL. ¡Desgraciado!
AGUI. Se ha cumplido
tu funesto sacrificio.
GAR. (Estoy soñando; á fé mia
que nada de esto comprendo.)
AGUI. Fué tu destino tremendo
desventurada hija mia.
Hay mas pesares, Dios mio,
que aflijan mi corazon?
PUL. No aumenteis vuestra afliccion,
dad tregua al dolor impio.
AGUI. No, no lo espereis Pulgar.
Ya que la fortuna ingrata
de esta suerte me maltrata,
dejadme al menos llorar;
y aunque á mi valor no cuadre,
no estrañeis que por mis ojos
vierta el llanto por despojos.
Este es el llanto de un padre.
GON. (*con furia.*) Dejad el llanto, Aguilar.
Vengarla y no mas pensemos,
pues tal afrenta debemos
solo con sangre labar.
El odio que profesamos
á esa maldita canalla,
hoy en sangrienta batalla
entrambos satisfagamos.
Tambien como vos padezco;
mas solo vengar ansio
vuestro quebranto y el mio
en la raza que aborrezco.
Muerta mi sola esperanza
¿qué es ya para mi la vida?
Una carga maldecida
que alimenta la venganza.
Venganza, si, caballeros,
y si antes muerte recibo
que la logre, por Dios vivo
venguenme vuestros aceros.
Si, ya veo en vuestros ojos
del entusiasmo la llama!
AGUI. Odio vereis que me inflama
con vengativos enojos.
¿Cuando resuena el clarin
cuya voz el viento aclame,
y á la victoria nos llame?
(*se oye el toque de los clarines.*)
¡Oh! gracias.
GON. Sonó por fin.

ESCENA VI.

Dichos, CABALLEROS *y* SOLDADOS.

UN CAB. Va á empezar el combate, caballeros,
y de sus huestes de Aragon al frente

llama el rey los intrépidos guerreros
de Castilla. ¿Qué haceis?..

Gon. Muy prontamente
á su lado blandir nuestros aceros
nos ha de ver, con ánimo valiente,
que jamás en la lid cobardes fueron
aquellos que españoles se dijeron.
Compañeros valientes, ya la hora
llegó por fin de la venganza fiera,
no descanse la espada cortadora
no deis tampoco á vuestro brazo espera;
si os aguarda la muerte vengadora,
morid matando por la vez postrera,
y tumba sea á vuestro cuerpo al menos
blando lecho de cuerpos sarracenos.
Si, labaremos con brioso aliento
de seis siglos de afrenta la memoria,
audaces arrojando de su asiento
á ese monarca de menguada historia;
no ha de quedar el último cimiento
teatro ruin de su mezquina gloria,
sin que ya reste al árabe en España
mas que un refugio en la enriscada braña.
Hoy ha de ver sus templos derribados
el moro, en mengua de su rito impio,
mientras que sus satélites menguados
huyen medrosos hácia el mar bravio;
y si caen sus muros destrozados
de nuestro esfuerzo al poderoso brio,
harán otra muralla nuestras manos
compuesta de cabezas de paganos.
Venid, venid ya; en vuestros ojos veo
el férvido entusiasmo que os inflama,
volemos al combate, y por trofeo
lauros alcanzareis de eterna fama.
La matanza sea hoy vuestro recreo
pues la piedad con el alarve infama;
dad al viento la espada que le aterra.
Guerra al Ismaelita.
(sacan todos las espadas.)

Todos. Guerra, guerra.

(Se oye el toque de clarines, y cae el telon.)

ACTO CUARTO.

El teatro representa una habitacion moruna, lujosamente amueblada segun el gusto de la época entre los arabes. Una reja en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

Ines, *sola mirando por la reja del fondo.*

Todo en sosiego se halla,
algo tiene de horroroso
este silencio espantoso;
cesado habrá la batalla.
Mas ¿quién será el vencedor?
¿en vano será mi lloro?
de pensar que venza el moro
se llena el alma de horror,
No: se habrá apiadado el cielo
de mi suerte desdichada,
no querrá que abandonada
quede sin ningun consuelo.
Si supieras, padre mio,
mi desventurada suerte;
si supieras que la muerte
me amaga con golpe impio,
y que ninguna esperanza
ya para tu Inés existe,
víctima inocente y triste
de una terrible venganza.
Teniéndola por segura
tal vez mi muerte has creido,
y acaso habrás sucumbido
á tan grande desventura;
tal vez la busques ansioso
hoy en el combate impio.
¡Oh! mi destino, Dios mio,
es bien cruel y espantoso.
Y tú, bien mio, sabrás
que gimo aquí sin consuelo,
si, sembrando espanto y duelo
acaso en la lid estás.
Me lo dice el corazon,
tal vez á tu fuerte acero
sucumbió ese moro fiero
que nos cubrió de afliccion.
Olvidarte yo debiera
al ver tu funesto error;
pero sofocar mi amor
no puedo, aunque lo quisiera.
Consuela mi suerte dura
saber que sufro por tí,
¡Oh! ven á salvarme, si,
me volverás la ventura.
(yendo hácia la reja.)
¡Que veo! precipitados
huyen los moros do quier;
¿qué les podrá suceder
que asi corren desvandados?
Si habrá vencido el cristiano?
El gozo me hace temblar;
¿que puede sino causar
tal espanto en el pagano?

ESCENA II.

Ines, Adel.

Ines. Y bien, Adel, ¿no ha cesado
ya la refriega?

Adel. Señora.
¿No habeis visto fugitivos
á los hijos de Mahoma?
Por la ciudad el cristiano
triunfante, entrando está ahora,
mientras que nuestros hermanos
huyen con fuga medrosa.
Nuestra pérdida es segura,
pues Alá nos abandona.

Ines. Di, ¿no me engañas, Adel?

Adel. Engañaros yo, señora!
Es la terrible verdad.

Ines. ¡Oh! gracias, cielo, perdona
si dudé de tu clemencia.
Y cómo ha sido...

Adel. La aurora
apenas su luz mostrára,
cuando la guerrera trompa
dió la señal del combate:
en tanto la gente mora
con frente serena, espera
triunfar ó morir con gloria.
Los guerreros de Castilla
en acometida pronta,

se lanzan á nuestros muros
con ímpetu; nada estorba
su atrevida tentativa,
las máquinas destructoras
aprestan, mientras nosotros
desde la muralla próxima,
sembramos espanto y muerte
en sus huestes; mas no importa,
nada su furor detiene,
y al fin acercarse logran
con gran pérdida en su gente
á la muralla. Señora
que mas os diré. Despues
de una lucha destructora,
logró escalar el cristiano
nuestros muros; la victoria
sigue do quiera sus pasos,
y ¡oh suerte dura! á esta hora
ya está en su poder Granada
del moro para deshonra.

INES. Y di, ¿quién ha sido, Adel,
en la contienda azarosa
el que mas se ha distinguido?

ADEL. Qué tal pregunteis me asombra:
quién, sino el fuerte guerrero
que nuestras huestes destroza,
el terror del africano,
el que los cristianos nombran
flor de la caballería?

INES. Si, si. Gonzalo de Córdoba.

ADEL. El mismo.

INES. ¡Con cuánto orgullo
te oigo.

ADEL. El aberno en su cólera
ha lanzado ese cristiano
de sus profundas mozmorras,
para que fuese el azote
de los hijos de Mahoma.

INES. Mas, ¿qué será de mi padre?

ADEL. No sé: dejemos ahora
inútiles digresiones,
pues si el tiempo se malogra
podeis perderos.

INES. De aqui
salgamos, pues, sin demora.
Pero tú, ¿qué vas á hacer?
fácil es no me conozcan
algunos de los cristianos,
y sin oir mis congojas
acaso te inmolarán
á su venganza.

ADEL. Y qué importa?
Plugiera á Alá que asi fuese,
tanto mi dicha no logra,
que el morir por vos, Inés,
fuera muerte muy dichosa.
Perdonadme si os repite
lo que otras veces mi boca,
yo os amo, cristiana, si,
y ¿quién hiciera otra cosa
al veros? Mas no temais,
que de vuestra lastimosa
situacion abusar pueda
nunca lo temais, señora:
os amo sin esperanza,
es una ilusion dichosa
que forjó mi fantasía
y que mis ensueños dora.
Mi mas ardiente deseo
es solo el veros dichosa,
y solo en vos un recuerdo
el triste Adel ambiciona.

INES. No temas que tus bondades
se aparten de mi memoria:
En el triste cautiverio
que hace algun tiempo me agovia,
tú tan solo de mis penas
aliviaste la congoja:
dos veces sobre mi pecho
brilló la sangrienta hoja
del puñal de ese Muley,
que con furia rencorosa
me persigue; pero astuto
tú has aplacado su cólera,
y lograste que aplazára
su venganza sanguinosa.
Yo no tengo un corazon
que ofrecerte, no lo ignoras;
pero mi agradecimiento...

ADEL. Inés, dejad eso ahora.
Inquieto estoy, pues no sé
si en la lid aterradora
Muley pereció, ó si vive.
Lo mejor es sin demora
salirnos de aqui, venid.
Mas... qué veo? Se equivoca
mi vista ó el mismo Muley
hácia aqui viene en persona?

INES. Dios mio, será posible?

ADEL. Si, si.

INES. El cielo me socorra.
Sálvame, Adel, por piedad.

ADEL. Si, yo os salvaré, señora.

ESCENA III.

Dichos y MULEY *que entra sin reparar en* INES *y* ADEL.

MUL. Ya todo se perdió; ya mis hermanos
huyen proscriptos de su patria lejos,
ya no verán los tristes africanos
del sol de aqui los fúlgidos reflejos.
Ya se hundió para siempre el islamismo
en este suelo de inmortal memoria,
de seis siglos de afan y de heroismo,
la raza de Ismael perdió la gloria.
Y sin venganza he de quedar? ¡oh mengua!
En vano á ese cristiano tan temido
busqué en la lid, y en vano que mi lengua
invocára su nombre aborrecido.
Alá proteje su triunfal carrera,
mientras que á mi me cubre de amargura,
pero no importa, mi venganza fiera
ha de robarle su única ventura.

INES. ¿Lo oyes Adel?

ADEL. Silencio.

MUL. ¿Quién me escucha?
Sois vosotros? (*viéndolos.*)

ADEL. Señor...

MUL. Yo te aconsejo
que huyas de aqui, si mi desgracia es mucha;
no has de perderte tú, libre te dejo.

ADEL. (Y ha de quedar Inés abandonada?)
Señor ¿por qué no huis? vais á perderos.

MUL. La vida, Adel, á mi me importa nada.

ADEL. Si no lo haceis, no quiero obedeceros.
Los dos igual peligro arrostraremos,

si vos moris, la muerte á mi me alcanza.
MUL. Pues bien, juntos los dos nos marcharemos.
(Despues que haya cumplido mi venganza.)
Ya ves, Adel, que Alá nos abandona:
todo lo arrasa ese furor maldito
que al cristiano domina, y no perdona.
ADEL. No os espanteis, señor, *estaba escrito.*
MUL. Sal de aqui, Adel.
ADEL. Mirad...
MUL. Que salgas digo,
tengo que hablar á Inés.
INES. (*á Adel.*) No me abandones.
ADEL. Mas reparad que puede el enemigo...
MUL. No asi imprudente mi furor encones.
INES. Por piedad, no te vayas.
ADEL. (*aparte á Inés.*) Si, es preciso,
mas cerca de aqui quedo.
INES. Dios me acuda,
solo confio en ti.
ADEL. (*lo mismo.*) Al primer aviso
dispuesto á daros, me hallareis, ayuda.

ESCENA IV.

MULEY, INES.

MUL. A vuestro Dios encomendaos, señora.
INES. Otra vez ese horrible pensamiento.
Esa sed de venganza que os devora
quereis saciar en mi, fatal intento.
¡Oh! no, no lo querreis, es imposible.
MUL. En vano confiais en mi clemencia;
solo apagar con sangre me es posible
el fuego que devora mi existencia.
¡Oh! si en mi corazon leer pudierais,
si vieseis cuan resuelto yo me hallo,
no con ruegos inútiles gimierais
y de Dios solo apelariais al fallo:
ya que inclemente el cielo me ha negado
satisfacer mi rencoroso empeño,
quiero á lo menos complacerme airado
en deshacer su mas feliz ensueño.
¿Quereis sino que débil y cobarde
rompiendo ya mis vengativos lazos,
haga al fin de su esfuerzo necio alarde
al ponerle yo mismo en vuestros brazos?
¿Quereis se burle cruel de mis rencores
puesto que el cielo nuestra suerte trunca,
y diga al ver cumplidos sus amores
que por miedo tal vez... ¡Oh! nunca, nunca.
De su triunfo, pardiez, gozará poco,
pero inútiles pláticas dejemos,
yo no desisto de mi empeño loco,
y asi es mejor, señora, que abreviemos.
INES. ¿Y tendreis corazon?
MUL. El lo ha tenido
para robarme lo que mas queria.
INES. Pero yo, por piedad, no os he ofendido.
MUL. Culpad tan solo, vuestra suerte impia.
INES. No sereis tan cruel, tendreis clemencia.
MUL. Desechad esa inútil esperanza,
de vos yo reconozco la inocencia,
mas pide vuestra muerte mi venganza.
INES. Miradlo bien entonces; en mi ayuda
viniendo en alas de su amor ardiente,
Gonzalo acaso presuroso acuda.
MUL. Señora, delirais, estais demente.
No, no vendrán, os creen ya sin vida,
falso aviso les di de vuestra muerte.
INES. ¡Oh! ¿Qué decis? Dios mio, soy perdida...
Mas no os apiadará mi triste suerte?
MUL. Yo apiadarme, jamás: harto he llorado
dos años de dolor y desventura,
y he de verle feliz, mientras cuitado
arrastro en el desierto mi amargura?
No, no, vais á morir, arrodillaos
(*saca el puñal.*)
y á Dios solo rogad que os dé su ayuda.
INES. ¡Morir! ¡morir! ¡oh! no, de mi apiadaos
no hay ¡oh dolor! quien en mi auxilio acuda?
Dejadme por piedad, mónstruo, dejadme;
pero, no, loca estoy, yo vuestra esclava
(*postrándose á los pies de Muley.*)
seré, si vos quereis; mas perdonadme
tal vez mi llanto vuestra afrenta lava.
Cual sierva humilde, os seguiré do quiera
sin que me queje de mi suerte dura,
pero en mi mas lozana primavera,
¡rendir el cuello á la guadaña impura!
No me claveis esa feroz mirada
que odio respira con furor y enojos;
¡ay! un alma tendreis tan despiadada!
¡apartad ese hierro de mis ojos!
¿No os mueve á compasion esta infelice
á quien quereis privar de la existencia?
(*se levanta.*)
¡Oh! esa mirada rencorosa dice,
que no tendreis de mi dolor clemencia.
Hiere, bárbaro, hiere, hé aqui mi pecho,
el mortal golpe sin defensa espero,
si, pero sabe, pese á tu despecho,
que no es digna tu accion de un caballero.
Baldon y mengua sobre ti, pagano,
asesino de débiles doncellas,
tú que consientes, pérfido y villano
que una leccion de honor te presten ellas.
MUL. Callad, callad.
INES. No, ya que solo espero
muerte cruel de tu venganza insana,
sin humillarme á ti, perecer quiero,
cual debe una doncella castellana.
Amo á Gonzalo, y es su amor mi vida,
el me idolátra, pese á tus rencores,
si tu puñal me priva de la vida
no borrará la tumba mis amores.
MUL. Necia que fias en su amor segura:
á mi hermana tambien, amor constante
prometió, mas despues que de amargura
cubrió su corazon, infiel amante
no cumplió su palabra el fementido.
INES. Tuya la culpa ha sido. Si, malvado.
Tú, si que para siempre la has perdido
con tu ciego rencor desatentado.
MUL. Ve á acompañarla pues, é igual destino
encubra para siempre vuestra suerte,
y lavo asi mi infamia con tu muerte.
Muere. (*levantando el puñal.*)
INES. (*huyendo.*) Socorro.
MUL. No.
INES. ¡Cielo divino!

ESCENA V.

Dichos, ADEL.

ADEL. Señor, ya llega el cristiano.
MUL. Bien, que venga, aqui le espero.
INES. ¡Oh! ya me he salvado.

MUL. No,
aun es mas triste y funesto
vuestro destino.
INES. Dios mio:
¿pero qué intentais, perverso?
Quereis á los ojos mismos
de mi padre, el golpe horrendo
que concluya mi existencia
descargar sobre mi pecho?
MUL. Si: lo habeis adivinado.
INES. Valedme, divinos cielos.
ADEL. Señor, ved que vuestra muerte
es infalible, si á tiempo
no huis.
MUL. Y bien: no me importa,
pues al fin vengado muero.
ADEL. Mirad señor lo que haceis,
la puerta ya va cediendo
á los repetidos golpes
que descargan, si un momento
os retardais, para vos
ya no habrá ningun remedio.
MUL. Basta ya, venid señora.
(*coje á Inés por un brazo, y la lleva hácia la izquierda del actor, colocándola de manera que la hoja de su puñal amenace constantemente al pecho de aquella.*)
ADEL. A salvarla estoy resuelto. (*aparte.*)
MUL. Es inútil resistiros.
INES. No hay quien me socorra, cielos.
Adel, Adel.
ADEL. (*desentendiéndose de Inés.*) Ya la puerta
cedió á sus golpes tremendos.
INES. ¡Ay! Soltadme por piedad.
MUL. Inés, inútil empeño;
no os movereis de este sitio
sin tropezar con mi acero.
ADEL. Ya llegan.
INES. Piedad, piedad,
ausiliame Adel.
MUL. Silencio.

ESCENA VI.

Dichos, GONZALO, AGUILAR, *caballeros y soldados que entran con la espada desnuda.*

INES. Padre mio, Gonzalo, socorredme!..
GON. Inés!
AGUI. Hija querida!
MUL. Deteneos.
(*todos retroceden espantados.*)
Si un paso dais, con que movais la planta,
este puñal traspasará su pecho.
AGUI. Bárbaro, y osarás...
GON. No, es imposible.
AGUI. En mis venas la sangre helarse siento.
MUL. Ni ruegos ni amenazas me conmueven,
nada hay mas dulce que el placer que siento.
Es el placer de la venganza; al cabo
humillado á mis pies te miro, necio;
mal has juzgado al hombre que ultrajaste;
aprende á conocer á un sarraceno.
Ven á verla morir; aqui, á tus ojos,
¿no te hace estremecer tal pensamiento?
AGUI. Que dices.
INES. Cielo Santo.
GON. Es imposible.
¿Tan bárbaro serás?
MUL. Mira.
(*levanta el puñal, pero Adel se lo arrebata con rapidez.*)
ADEL. Teneos:
aun existe quien salve la inocencia.
MUL. Traidor!!!
(*se arroja sobre Adel, y caen luchando en la habitacion de la izquierda.*)
INES. Querido padre. (*abrazándose.*)
AGUI. Gracias, cielo.
esta felicidad me ha indemnizado,
de tantas horas de cruel tormento.
INES. Gonzalo mio.
GON. Inés, es desvario?
¿Salva te vuelvo á ver? Esto es un sueño.
Mas ya se me olvidaba, do se esconde
ese traidor...
ADEL. Alli, miradle. (*saliendo.*)
GON. Muerto!
ADEL. Muerto á mis manos.
GON. Joven generoso,
como tu noble accion pagar podremos?
AGUI. Tú has salvado á mi hija, tú me has dado
todo el bien que en el mundo yo apetezco:
¿con qué recompensarte, noble jóven?
ADEL. Cristianos, de vosotros nada quiero.
(*acercándose á Inés.*)
Señora, ya he cumplido mi promesa,
ahora que ya por vos nada hacer puedo,
con los amigos que en la lid funesta
no alcanzaron morir, parto al desierto.
Cuando ya ausente, en estrangera playa
gima infelice de mi patria lejos,
tan solo os pido, conserveis, señora,
del desgraciado Adel, grato recuerdo.
INES. No, tú no partirás; entre nosotros...
AGUI. Acceded á sus súplicas.
ADEL. No puedo,
jamás á mis hermanos abandono
cuando desventurados los contemplo;
y á mas, fuerza es decirlo; en brazos de otro,
para veros gozar, no tengo aliento.
INES. Bien, parte, pues lo quieres; pero sabe
que jamás tus bondades de mi pecho
se apartarán.
ADEL. Tan solo eso ambiciono,
y ved en nuestro abono, caballeros,
que si hay moros, deshonra de su raza,
los hay tambien de generosos pechos.
A Dios.
GON. Acompañadle, hasta que fuera
(*á los soldados.*)
de la ciudad se encuentre ya sin riesgo.
(*vase Adel acompañado de los soldados.*)
AGUI. Hijos mios, por dicha tanta, ahora
gracias rindamos al piadoso cielo.
GON. Si: que despues de tantas desventuras,
me ha concedido al fin fuerza y aliento,
para que con mi honor y con mi dama
cumpliese cual Amante y Caballero.

FIN.

MADRID: 1847.

IMPRENTA DE D. VICENTE DE LALAMA
Calle del Duque de Alba, n. 13.